

MORTAL Y ROSA

Francisco Umbral, 1975

En estas páginas recojo los apuntes tomados durante la lectura de *Mortal y rosa*, diario íntimo escrito por Umbral durante el último año de vida de su hijo, que falleció de leucemia en julio de 1974, a los cinco años de edad. Los números de página corresponden a la edición de Cátedra/Destino, cuya introducción, a cargo de Miguel García-Posada, considero imprescindible para abordar esta obra capital de la literatura en castellano del siglo XX. En realidad, más que apuntes son un extracto del libro. Las palabras iniciales de cada capítulo están en versalita por conformidad con el original. Los textos entre corchetes son acotaciones mías. Como complemento (aunque quizá fuese mejor como preámbulo), recomiendo leer una biografía sucinta de [Francisco Umbral](#).

“La fórmula de *Mortal y rosa*, no digo la calidad, digo la fórmula, no ha sido superada por nadie.” Umbral, entrevistado por Eduardo Martínez Rico en mayo de 2000

INTRODUCCIÓN

Miguel García-Posada

Considerada por muchos como la mejor obra de Umbral y valorada por Santos Sanz Villanueva como “una de las piezas magistrales de la prosa narrativa contemporánea.” Cuenta de modo simultáneo a los hechos, un año de la vida del escritor, cuyo único hijo muere a los cinco años de edad. [15]

El primer título del libro fue *Estoy oyendo crecer a mi hijo*, frase que constituye, por sí sola, un capítulo. Con ella tituló Umbral un artículo publicado en 1971: “Anda entre sus trenes sin destino, sus mitologías de trapo (...) Estoy oyendo crecer a mi hijo en el silencio de los libros, en el monólogo de los juguetes.” El proyecto se vino abajo por la enfermedad del niño y Umbral lo modificó sobre la marcha. [18]

[En su versión definitiva, Umbral tomó como título uno de los versos finales de *La voz a ti debida*, de Pedro Salinas: “...esta corporeidad mortal y rosa / donde el amor inventa su infinito”. Añade, así, un nuevo diente al engranaje, ya que “la voz a ti debida” procede, a su vez, de un verso de Garcilaso (Égloga III, 2, 12): “...mas con la lengua muerta y fría en la boca / pienso mover la voz a ti debida”. Northrop Frye decía que todo poema procede de otro poema.]

Las alusiones al tiempo histórico confirman este proceso de redacción (...) entre 1972 y 1974. Una significativa concordancia textual ratifica estas fechas. “Pensiones de sombra, horas perdidas, sillones de cuero sintético en el recibidor, penumbra, flores de plástico, corredores, espejos pentagonales con un trébol grabado en cada ángulo, el mensaje olorientado de la cocina...” [escribe en *Mortal y rosa*.] “Pensiones de sombra, horas perdidas (...), una floración de olores que nos salían al encuentro, la berza dulce del día anterior (...) espejos pentagonales con un trébol grabado en cada esquina, tresillos de plástico, flores artificiales...” [había escrito en *Retrato de un joven malvado*, 1973.] [19]

El tiempo interno abarca algo más de un año. El texto está organizado en 41 capítulos de extensión variable, desde una línea hasta las veinte páginas [20]. La enfermedad del hijo no aparece hasta la mitad de la novela, pero los indicios o presentimientos del conflicto se presentan antes. Sobre el tema del tiempo destructor se apoya el gran tema de la muerte, que acaba erigiéndose en el eje de la obra. Este binomio temático tiempo/muerte no se cierra con el fin del hijo, sino que se extiende al "fin" del padre-escritor, convertido en cadáver. [24]

Mortal y rosa es un libro patético pero sobrio, conmovedor pero severo, funeral pero contenido. [31] El texto es un largo monólogo en el que el autor reflexiona consigo mismo dirigiéndose a varios posibles receptores de sus palabras: Serena, la mujer del libro; la madre, a la que escribe una carta, y sobre todo el hijo. [34/35]

Mortal y rosa es un libro fronterizo, de imposible catalogación unívoca, aunque algunas declaraciones del propio escritor podrían contradecir [esta] tesis: "He hecho algún libro que quiere ser todo él puro y mero poema en prosa, aunque los críticos los hayan malentendido como novela. Sobre todo *Mortal y rosa*", *Diario de un snob*. [18]

Para entender la precisa identidad que en cuanto género tiene el libro conviene analizar con detalle [este] pasaje: "No quiere uno que entre el lector y él haya trucos de novela, efectos de poema, trampas del oficio, y se apela al diario íntimo. Lo que pasa es que no somos capaces ya de sencillez y resulta que el diario íntimo se llena de lirismos, de lucimientos, de improvisaciones muy preparadas (...) Así las cosas, tengo que resignarme a [que] mi diario íntimo vaya resultando un poco el poema en prosa de unos graves meses de mi vida, o la novela de un mal novelista." [15/16]

Mortal y rosa no es novela de poeta; es la novela del novelista que lleva dentro un poeta [30]. En los *Cuadernos de Luis Vives*, Umbral ha escrito: "Mi formación fue fundamentalmente poética. Frecuenté más a los líricos que a los prosistas. En todo caso, frecuenté a los prosistas líricos. Mi órgano de comprender el mundo y los hombres es la antena delgada del poeta más que la lupa gorda de Balzac." [29]

Para Umbral, poesía no quiere decir lirismo; quiere decir, sobre todo, transparencia. "La prosa es prosa porque tiene sombra, la sombra del tío que está encima. Si no tiene sombras es poesía." [34] Desde el punto de vista del ritmo fonético no [son] escasas [las] cristalizaciones de la prosa en ritmos endecasílabos o alejandrinos, sobre todo. [40] ["Yo es que sonetos no sé hacer. Me salen en prosa." *España como invento*, 1984]

Umbral combina la imagen visual, muy concreta ("Rebanada intensa, tu cuerpo, como abrevadero loco de mi vida"), con la imagen neoquevediana ("hasta quedar hecho un sapo de tierra", chagalliana ("a sus ojos se asoma un borrico de inocencia y obstinación"), irracional ("una cabellera es un océano, una melena es agua que pasa"), la greguería reelaborada ("El olfato, quizás, es la mirada del alma"), la imagen arbitraria pero lógica ("el seno egipcio de una adolescente"), la imagen hiperbólica ("Hay que baldear hasta el fin el ciego enlagnamiento de la sangre"), la frase metafórica ("un domingo se vacía como un mar desahuciado"). [38]

EXTRACTOS DE LA OBRA

*...esta corporeidad mortal y rosa
donde el amor inventa su infinito.*

Pedro Salinas

CUANDO me arranco al bosque de los sueños... [Al despertar, el autor percibe las primeras sensaciones físicas: un dolor en el ojo derecho, una erección entre las ingles... Luego, enfrentado al espejo, constata la caída del pelo, la fea evolución de su cara, su cuerpo blanco y velludo, sus manos... su sexo, vestigio del antropoide al que nos empeñamos en educar.]

He dejado de interesarme por mis sueños. A la mierda con Freud. Mis sueños sólo me dan una visión embrollada de lo que tengo muy claro. Hay una época de la existencia en que uno decide ser sólo sus sueños. Hay una madurez en que optamos por nuestra razón, por nuestro rigor, por nuestra estatura [la adolescencia es surrealismo; la madurez, clasicismo]. El hombre es un ser de distancias, de "proyectos líricos". Tiene que aprender a ser pastor de lo inmediato. Estoy en esto con Sartre, que le niega al sueño todo significado y le atribuye la imposibilidad de formular una sola imagen coherente (...) Sé que consisto en una cloaca, pero me aburre, ya, constatarlo, y he perdido la fascinación de mis propias heces, que es una fascinación infantil perpetuada en el poeta, el neurótico y el psicoanalista. Sólo necesita recurrir a sus sueños la gente sin imaginación. Más vale la lucidez mediocre que el delirio. [53]

Me duele el ojo derecho, como todas las mañanas, pues la prosa leída la noche anterior está ahí, enconada en el ojo (...) Otro accidente diario es la erección innecesaria, agresiva y ostentosa. Es la prepotencia sin deseo, la pura mecánica del sexo, una barbaridad. [Las canas son hilvanos blancos por donde nos vamos deshilachando, y se ve lo mal hechos que estábamos.] He cambiado de peinado como de sistema mental y de concepción del mundo, cuando me ha dado la gana. [55]

El pájaro raro de la idea ha volado, me ha dejado aquí, convertido en un mecanógrafo. Inútil seguir tecleando. Quizás le ha asustado la máquina de escribir, con su caligrafía de ametralladora. [57]

¿Cómo he llegado a tener esta cara? Al final, como la muerte tiene mal gusto, se quedará con mi peor gesto. No somos sino una sucesión de esbozos, y tras el último, viene la calavera, la máscara última (...) Es inútil violentar los catalejos del tiempo. Uno ve lo que ve y nada más. No hay nada como la juventud. La juventud es una divina vulgaridad. Los años aristocratizan, pero preferíamos la democracia gloriosa de la juventud a estas medallas de edad que nos pone la vida. [58]

Uno cree más en la lírica que en la psicología, prefiere deslumbrarse a comprender, en amor. La mujer hecha es un abismo humano al que no nos apetece arrojarnos. La ninfa es un remolino de luz y carne. Una mujer muy blanca está más desnuda. El pigmento viste, reviste (...) La mujer quiere un poco de selva, porque el sexo es, ante todo, una recuperación de los orígenes, y esos cuerpos desnaturalizados por un exceso de cuidado y artificio han borrado de sí la selva. [61]

Un antropoide vive y se despereza cada mañana en mi genitalidad. El antropoide, al despertar, se las promete muy felices, supone, sin duda, que le espera una jornada de selva y fornicaciones. Hay que ir persuadiéndole gradualmente de que las cosas van a ser de otra forma, porque lo que les espera es una jornada de teléfonos, pantalones, taxímetros y conversaciones crepusculares (...) A las damas les asusta el antropoide, o hacen como que les asusta, aunque en realidad siempre le encuentran a uno poco antropoidal, llegada la hora de la verdad. El antropoide, cuando la ocasión se presenta huye por donde puede y me deja solo con la dama, y ya no soy más que un escritor cansado y miope. El día que se me muera mi antropoide me habré convertido en un bibliotecario y estaré definitivamente acabado (...) He conseguido que aprenda muchas cosas, pero no que le guste la música. Al fin y al cabo, la literatura y la pintura son artes selváticas, maniguas de palabras y colores, pero la música es una estilización de algo, y el antropoide no está para estilizaciones (...) Las mujeres vienen buscando al antropoide, aunque no lo digan. Toda situación entre hombre y mujer es siempre tensa y falsa porque hay un tercero entre ellos, un antropoide que va y viene, se impacienta e interrumpe de vez en cuando: «Bueno, empezamos o qué.» Sólo cuando se ha dado suelta al antropoide, la mujer y el hombre vuelven a verse como ciudadanos. Ahora estamos más a gusto, pero más tristes. Melancólicos. Los latinistas lo llaman tristeza *post coitum*. Es que se ha ido el antropoide. [64]

Las manos, mis manos, una más oscura y la otra más clara, como si yo hubiera tenido un abuelo marqués y otro metalúrgico. No hay igualdad en la vida. La discriminación la llevamos en nosotros. Una mano es siempre más aristocrática que la otra. Y la otra mano es más laboral, más violenta, más sufrida. ¿Cómo superar eso? Marta y María, las manos. Nuestra mano es una herramienta y un arma. Hemos hecho toda la cultura con manos de asesino. Para coger la pluma, a la mano le sobran dedos, y al hombre le sobran manos (...) Las manos, en el amor, son aves, y los pies piedras. El acto mítico, bíblico y genésico de la creación manual y alfarera de la vida por Dios, se repite continuamente (o cobra su única realidad histórica, de la que ha nacido el mito) cuando un ser crea a otro ser con sus manos, cuando un hombre crea a una mujer o una mujer a un hombre [con sus caricias]. [67]

Al hueso no llega nada. Ni el amor, ni la belleza, ni el pensamiento ni la emoción. Al hueso sólo llegan los golpes (...) Somos una obra de albañilería, una chapuza cósmica. Somos una albañilería inspirada. Una albañilería divina, diría el místico. Pero eso ya es pasarse. No se trata de vestir a Dios de albañil, sino de comprender que el hombre si no es la medida de todas las cosas, es al menos una maqueta bien intencionada del Universo. El alma es la paloma loca que vuela por los ramajes del esqueleto. El alma es una diadema que nunca vemos (quizá porque la llevamos en la frente). Dice Pitigrilli que la elegancia es una cuestión de esqueleto. Cierto. La función más noble del esqueleto es la percha. La carne es actualidad y el hueso eternidad. ¿Qué es la eternidad? Cal y fosfato. [70]

La primera niñez, la época que perdemos de nuestra vida, sólo se recupera con el hijo. Nunca llevamos a un niño de la mano. Siempre nos lleva él a nosotros, nos trae. [73]

Mi hijo ha nacido de mí para vivir todo lo que ya no puedo vivir yo. Crueldad y ternura son en él una misma cosa, y destripa el mundo porque lo ama. Es más de la tierra que nosotros, viajeros ya por los aires convencionales de la reflexión y el miedo. Sabe reducir lo enorme a su medida. Del mar sólo le interesa una concha. Por la noche, entra en el sueño como en una gruta viva (...) Aparto el

dolor de que el niño haya nacido y pueda morir. Más que a un proyecto parece deberse a un encuentro. [74]

ES domingo y la gente ha desaparecido dentro de la iglesia. Converso con mi hijo, a cuyos ojos se asoma un borrico de inocencia y obstinación. El niño es breve, provisional, tan amenazado como una biografía de fruta y una cultura de aire. El quiosco, para el niño, es la cultura, el haz apretado de las posibilidades, los sueños, la guerra, el relato, la velocidad y la risa, el quiosco es la Historia Universal del niño (...) De regreso, las gentes que vuelven de la iglesia, un sol de costumbre y rebaño, porque ninguno a captado nada, pero entre todos reúnen sus nadas y crean algo, acuerdan sus dudas y crean una fe. Han muerto durante media hora (...) sus vidas los esperaban a la puerta de la iglesia y se hunden precipitadamente en el día. [76]

ROTAS las uñas... [monólogo de la chacha],... el párrafo oscuro, acre y herido que es un cuerpo de mujer. [79]

VENGO del noroeste (...) Puedo escribirlo todo, pero la literatura es la distancia definitiva que perpetuamos entre nosotros y las cosas. (La literatura ya no es para mí, como antaño, una manera de posesión y fornicación con el mundo, sino la secularización de mi aislamiento. [82]

ESTOY oyendo crecer a mi hijo. [84]

(EL caballo blanco y heráldico lo presidía todo. [Umbral, monaguillo en una iglesia de Valladolid, observa un cuadro de la sacristía] Nunca más este monaguillo que os habla y que hoy sigue oficiando no más que de monaguillo en las misas del arte y de la cultura, nunca, digo, ha vuelto a mirar un cuadro como entonces, sin limitaciones de espectador ni de crítico...) [85] Pensiones de sombra... [88] En las pensiones se adensaba la verdad de la capital, el alma pobre de la ciudad, ese fondo de retrete, piorrea, nicotina, oratoria y amancebamiento que tiene la política y la literatura, porque habías venido a eso, a hundirte en el légamo caliente de la vida, a respirar la halitosis de los grandes maestros, a pasar por todo y salir en los periódicos, volverte del revés y dejar por el mundo todo el saco de tipografía que traías en los riñones desde siempre. [89]

El sexo, aquella cosa, la planta tímida que gemía de amor contra las tipografías del catecismo, contra la severidad de las familias y la legión de los pecados. Clave del tiempo, suspiro de la carne que luego sería la carne entera, violador de alpacas y hopalandas, fornicador de vírgenes de lienzo, doncellas de retrete y mujeronas de vacío (...) Mas hoy ha perdido su calidad de arma y su rubor de planta, y florece maduro y lírico en la penumbra del futuro. El sexo es una flor o un monstruo. Casi todo el mundo opta por el monstruo, lo esconde, lo hostiga, lo alimenta o lo mata. Pero el sexo, que tiene vocación de flor, sufre mucho con su encarnadura de monstruo. [90]

La imaginación es el vuelo de un sentido a través de todos los otros. La imaginación es la sinestesia, el olfato que quiere ser tacto, el tacto que quiere ser mirada. La imaginación nace de una limitación. La mirada es menos imaginativa porque posee más. El tacto es ciego, el olfato es galopante. La boca es frenética. El oído es torpe. Sólo el ojo alcanza la totalidad. Mirar a otros da miedo. Nada nos abrasa como una mirada. Sólo otros ojos. Unos ojos de mujer. ¡Ah!, la agresividad de los ojos. Los ojos, arma blanca. [94]

Ha venido el verano y se ha llevado al niño hacia otros soles. Si algún día no estuvieras del todo, niño, cómo sería eso, cómo sería el mundo, todo él cuarto de juegos abandonado, planeta infantil vacío, el universo reducido a la ausencia de un niño. Estoy aquí, transitando la ausencia de un niño, pulsando la soledad, y me siento gigantesco y melancólico en el mundo menudo que él ha dejado. La melancolía de los gigantes, sí, me invade a los pies de lo pequeño, y quiero que el niño vuelva... [95]

EL olfato... Con los ojos cansados, con el tacto seco, con el gusto saturado, con el oído torpe, se me aguza siempre el olfato, porque un sentido puede suplir a todos los otros, interpretarlos, poetizarlos, y digo ahora el olor de un pelo de mujer puesto a secar al sol (...) No es un lujo el perfume. Oler es una actividad poética. El olfato es quizá el sentido más lírico. Antes, cuando era un escritor joven y responsable, quería describir minuciosamente las situaciones, los lugares. Luego comprende uno que basta con dar un olor o un color. Al lector le sirve esto mucho más. Dice Baroja de una calle que era larga y olía a pan. Ya está. Un largo olor a pan. Para qué más. El arte descriptivo, minucioso, es pueril y pesado. [98]

Nada me excita y me predispone a escribir como un olor nuevo. Schiller olía una manzana para ponerse a escribir, dicen. La música no huele. Por eso, quizá, no me dice nada. El olfato, quizá, es la mirada del alma. [99]

La naturaleza se la han repartido los poetas y los cazadores. El poeta la envilece de metáforas y el cazador la humilla con su esfuerzo y su sudor. Qué difícil rescatar la naturaleza de la cultura. Sólo el contemplador lo consigue. [100]

¿Por qué no una novela? La novela es un compromiso burgués, monsieur. La novela es fruta de invierno, de habitaciones cerradas, escritores con pipa y horas laboriosas. Mi libro, como el verano, debe tener las ventanas abiertas, las puertas abiertas, y debe hacer mucha vida en la calle. Tampoco la anotación puntual de los diarios, esa burocracia del sentimiento. No. Sucesivas iluminaciones concéntricas, rueda de instantes, un faenar con el presente hasta agotarlo. [101]

Mi pecho, pozo inverso en cuyo fondo canta un corazón que antes arreglaba relojes y ahora colecciona guijarros. Se ha ensanchado el pecho, que en la adolescencia fue tenue y pajarero, y corren por su musgo las lagartijas de los días, y a veces una mano de mujer, o una boca, caen en él y me dejan una pesantez de flor en lo que tengo de tumba. [102]

La salud es un delicado equilibrio de deflagraciones. Estamos vivos de milagro. Lo científico sería morirse enseguida (...) La casa... Vives otras casas, las amueblas, las habitas, y algo te dice que no son tu casa. Pero un día encuentras la casa, tu casa, la que tú esperabas y de la que ya no vas a salir nunca. La casa crece, se cierra, va pareciéndose a nosotros mismos, flor de cemento y música en que vivimos, libando muerte. [103]

Los libros son el enladrillado de mi alma. El paso de la vida es el irse convirtiendo uno de poeta en bibliotecario. Puedo olvidar mis propios libros, los que yo he escrito, rectángulos de ignorancia y obstinación, cajas de puros sin puros. Cómo escapar a los libros. [104]

Comer una naranja, desvendar el seno dorado y egipcio de una adolescente. Si hay que creer en algo, creo en la naranja. [105]

ALGUNAS veces me quedo dentro de unos servicios públicos. En la puerta hay inscripciones, el rastro de toda la tribu defecadora que ha pasado por aquí. Un nombre de mujer, Petri, una pe demasiado grande, el tipo empezó con entusiasmo, con grandiosidad que luego desfallece en las otras letras, terminadas de cualquier manera. Qué poco dura el amor. O hubo algo más urgente. Uno quisiera llevarse estas puertas de retrete, qué exquisitez, el gusto decadente por lo popular, por lo espontáneo, por lo enigmático. Si le pones una firma puede valer mucho dinero en una sala de exposiciones. [106]

Escribir es una cosa pasiva, receptiva, contra lo que se cree. Es el río del idioma lo que se pone en movimiento cuando me siento a la máquina. Que la lengua universal hable por mí. Hay que hacerse transparente para que el mundo pase a través de uno configurado como discurso. Hay días en que se levanta uno transparente, y entonces conviene aprovecharlos para escribir. El escritor tiene que dejar pasar la luz del mundo sobre la cuartilla, el sol sobre la escritura. Casi todos los escritores estorban a su obra, están delante de ella, echan su sombra de sombrones encima de la prosa. La prosa es prosa porque tiene sombra, la sombra del tío que está encima. Si no tiene sombras es poesía. Peor que echar borrones es echar sombra. El estilo es la modulación que toma el lenguaje al pasar por nosotros, como la curva que adopta el agua en una jarra. [108]

En el libro no hay nada. Todo lo pongo yo. Leer es crear. Lo activo, lo creativo, es leer, no escribir. Me es ya muy difícil leer sin estar viendo constantemente al obrero que pone ladrillos estilísticos ante mí. Así como cuando escribo desaparezco, cuando leo me es nítidamente evidente el que escribió, el que escribe. Quizá la literatura sea eso. Desaparecer de la escritura y reaparecer, gloriosamente, al ser leído. Importa -y es lo más moral de un libro-, el espectáculo del hombre trabajador, su ejemplo de laboriosidad, su ir y venir por el taller de las palabras, importan sus caídas, sus olvidos, sus vueltas atrás, sus levitaciones. Hay un hombre que ha querido hacerse su verdad y comunicárnoslo. ¿Por qué se escribe un libro? Por vanidad, por inseguridad, por satisfacción, por pasión ciega y creadora, por amor a la verdad, que siempre es la verdad de uno (...) A cierta edad, se fatiga el lector y le sustituye un mirón que llevamos dentro y que, más que nada, lo que quiere es ver trabajar. [109]

Las ninfas, con sus ojos ligeros y sus bocas de agua, siempre a contra corriente de mi vida, pasan, pasan. Las ninfas, obsesión de tu vida (...) Recuerda a Serena (...) Esa línea fina en que se convierte el mundo, ido el deseo, rota la tensión, caído el vuelo. [112]

Ah, esa paz del atardecer, cuando todos se han desceñido sus armas. [113]

Alguien ha visto la literatura como la infancia recuperada [Bataille]. Por eso escribo, sí, porque escribir es jugar y jugar es ser niño esencial [la necesidad de escribir para recuperar las edades]. Sólo quiero la infancia. [114]

OCTUBRE. Se perfecciona la redondez del mundo. Somos el interior de una lentísima manzana cayendo silenciosamente en el tiempo. [116]

MIRO a veces los días que pasan como huecos... [Capítulo compuesto por ocho versos alejandrinos]... el relieve del tiempo granado en las muchachas. [117]

TU cuerpo es un hermoso fragmento de no sé qué grandeza rota... [primer poema en verso del libro] [118]

VUELVO de los viajes, hijo. Qué frío afuera, qué desolación de ciudades de piedra, cielos caídos, tiempos deshechos, gentes vegetales y días de mineral y ruido. Qué bien aquí. [119]

MI hijo en el mercado, entre el fragor de la fruta. Él, fruta que habla, calabaza que vive, lleno de pronto de parientes naturales, primo de los melocotones, hermano de los tomates, con momentos de hortaliza y momentos de exquisita fruta tropical. [120]

Las letras, el alfabeto. El niño, a la sombra de la madre, pájaro ligero por el árbol de la gramática. Por ahí empieza la cultura, ese juego largo que hemos inventado para aplazar la muerte [Panero]. Tú, que eres todavía del reino fresco de las cosas, te internas ahora, sin saberlo, en el reino sombrío de las palabras, de los signos. No sé si vale la pena arrancarte al mundo de las cosas. No sé si vas a perdurar en el mundo de las ideas ni en ningún mundo, hijo, pero asisto, dolorido y consternado, a ese cruce de fronteras que atraviesas alegremente, de la mano de la madre. [121]

HIGO, salto que da el día... [segundo poema en verso] [123]

EL tiempo es un caballo que llora como una máquina sentimental. No sé qué voy a hacer esta tarde, pero me gustaría amar a una muchacha que no tuviera un empleo fijo. [124]

TE conozco, decía la muchacha, con gruesos labios de vacío. Era una arcilla con más salud que hermosura. Pero qué lejana era (...) Miro mi gota de sangre [la sangre de la herida] y observo con una repugnancia apasionada, con un amor sórdido de animal por su animalidad. Soy agua en una cesta, fardo de lluvia que gotea muerte por todas partes. [125]

QUÉ hoguera de sol, el mediodía... [128]

ÉRAMOS líricos y blancos (...) Qué encontronazo de almas, qué manera de consumir, tardíamente, aquello sólo iniciado. Hombres, luces, miedos, amores, habían pasado por tu cuerpo, que me reconoció como el mar reconocería la primera embarcación que lo surcó en los albores. Rebanada intensa, tu cuerpo, loca pecosidad, zarza de pecas, fiesta dorada. [129]

EL metro, fracasado el que a los cuarenta años viaja en Metro. Cuando una ciudad tiene acacias, soles provincianos, cerveza, cuando una ciudad ignora el intestino férreo que le corre por el alma (...) toda la charcutería de las manos aferrada a la alta barra despintada [al describir el 'mural de caras' reitera las expresiones 'el zarzal de pecas' y 'la muchacha sin empleo fijo'] [132]

EN atardeceres con niebla (...) yo me enamoraba de tu pie. Todo el cansancio de las viejas psicologías, la historia triste del amor, los juegos del

corazón, eso que estudiaban con minuciosidad y aplicación los novelistas del pasado, a la luz de sus quinqués burgueses. [135]

Serena, breve y ágil, mira pasar la noche con ojos quietos. Serena, ocre y pecosa. Serena rubia, Serena oscura, Serena densa... [136]

El pintor está ahí [Eduardo Roldán]. He procurado siempre vivir cerca de algún pintor, porque son los seres más encarnizados con la vida. Así quisiera uno escribir siempre, con la plasticidad directa del pintor, sin caer en el reino gris y condescendiente de las ideas. La sangre del escritor es tiempo. La sangre del pintor es luz. [138]

EL niño en la prisión blanca de la clínica. Cogido en las fauces del dolor, mirado de cerca por la muerte, al niño se le rompen los ojos en cristales, se le ahuesan las manos, perdida su calidad de flores, y le viene la blancura inhumana del terror. El universo, la creación, prodigiosa máquina de errores, sistema perfecto y cerrado de equivocaciones, es un gran absurdo que equivale a una gran razón. [142]

Una sala inmensa, rebosante, una multitud que te espera. En la multitud hay muchachos que podrían ser mis amigos, muchachas que podrían ser mis amantes. Esa relación sería cordial, natural, humana, verdadera. La relación que establece la fama es falsa, monstruosa, sucia. Convertir a una multitud en un estanque de ojos es humillar al ser humano, agredir a la especie. Triunfar es sojuzgar. Todo éxito es agresivo. La gloria es un homicidio, la fama es una violencia, la popularidad es una agresión. [143]

Qué añoranza del incógnito, del anónimo. Qué sosiego, ir por la vida en silencio, saludando sólo a los amigos. Yo no quería este destino de hechicero. [145]

Así camina la Historia, hijo. Todo se hace a costa de alguien. Enseñar Historia o grandes monumentos es enseñar crímenes. El ocio, la belleza, la cultura, borran el pasado. En quienes está escrita la Historia es en los pobres. Todo ha sido escrito sobre la piel del pueblo, porque sin esas columnas de esfuerzo, sin ese subsuelo de sangre, nada se habría mantenido en pie. Había que hacer justicia, hijo, de una vez para siempre, no sólo por el hombre, sino por abolir la provisionalidad de la Historia. Nos sentimos provisionales porque pisamos víctimas. La Historia no ha empezado. El tiempo y la cultura sólo son un error. Dejaremos de ser provisionales cuando seamos justos. [147]

Estoy viendo vivir a una esfericidad. A veces ocurre que vas por la calle y la esfericidad se te pone delante. Naturalmente, no pienso acercarme a la muchacha, ni hablarle. No tendría nada que decirle, salvo algunas imágenes literarias sobre sus esfericidades posteriores, y esto no iba a entenderlo. De lo que se trata es de seguir sus pasos, de ver cómo va y viene eso. [149]

MI madre me cortaba las uñas, y ahora soy yo, padre, madre, quien recorta las uñas al hijo. Estoy oyendo crecer a mi hijo. Un hijo es la propia infancia recuperada, la pieza suelta del rompecabezas. Lo que no viví en mí, lo vivo en él, lo que no recuerdo de mí es él. Él es el trozo que me faltaba de mi vida. [154]

DIBUJA, el niño, escribe. Todos los niños dibujan igual, porque el niño vive en el fondo común y feliz de la especie. Se parecen todos los niños como se

parecen todas las culturas primitivas. La individualidad es una conquista o una perversión de la cultura humana. [156]

... en el túnel lluvioso del invierno. [158]

Lo que hay que conseguir es acompasarse con el tiempo, no ir ni más deprisa ni más despacio que él. Porque el tiempo tiene un ritmo, un compás, y no hay que perder el compás. Entonces es cuando salen las cosas y mejor se ve el mundo, porque el mundo hay que mirarlo como la orilla del tiempo. Ser contemplador de orillas. [159]

LA fiebre, fuego secreto, llama quieta. La fiebre del hijo, la hoguera inexistente en que se quema, el abismo rojo donde le pierdo. La fiebre y el horror. También el horror puede llegar a ser de alguna manera confortable. Tener a un ser en la muerte es tenerlo ya seguro, más allá de todas las riadas de la vida. [162]

Por debajo de mis párpados cerrados, siempre mis ojos abiertos. Por debajo de mis ojos cerrados, siempre mi mirada abierta. Por debajo de mi mirada cerrada, siempre mi alma abierta. Algo mira desde mí cuando ya no miro nada. [164]

Habito la continuidad de la cultura. Toda la torrentera de una lengua ha pasado a través de mí, con sus clásicos, sus primitivos, sus anónimos y sus poetas. Trabajar en literatura es trabajar en un molino inmortal. Trabajo en el idioma y el idioma trabaja en mí. No es una ilusión de eternidad, sino un compromiso con la continuidad. [165]

PERO el niño es sagrado. Y por eso la vida es sacrílega cuando profana al niño. La vida es suicida y necia cuando se encarniza contra el niño. Un niño enfermo es una blasfemia que profiere la vida. [167]

MÁS allá está el horror. En la cima del horror hay quietud, el corazón es una piedra desnuda y el pensamiento es una cinta muda. El placer es insostenible, como el dolor, en tanto que el horror se prolonga indefinidamente. Sólo se es eterno en el horror (...) Tengo al hijo pendiente de esa salud que gotea, de esa gota de suero, de luz, de vida. En torno de su silencio, el dolor del pueblo, madres jóvenes y oscuras como montes calcinados, hombres como pájaros hambrientos (...) La risa del niño. Cuando el niño ríe, el mundo se espuma, la vida se aligera y el sol se enciende. En la cripta que es un niño sólo se entra por la celosía de su risa. [168]

Creí que la literatura era un instrumento de posesión del mundo. Ahora, con mi media vida consumida en la literatura, ésta vuelve a ser para mí lo que fue en mi infancia: mi manera de no estar en el mundo, mi repugnancia hacia la sociedad de los adultos, hacia sus trámites, sus compraventas y sus transferencias (...) No he tomado jamás contacto con los mercaderes y los carniceros. He prolongado mi infancia a lo largo de toda mi vida, he salvado mi sueño y por eso mi vida no se ha perdido ni se ha frustrado. Nada puede pasarme porque no estoy en el mundo. Moriré sin haber pasado por el mundo. He vivido intensamente, pero literariamente. Escribir es sólo la exteriorización de una actitud y de una óptica. El escritor va por dentro. [171/172]

LA terraza en esta primavera inverniza. El verdor ha huido de los tiestos, eriales breves y redondos. La terraza es un ataúd abierto, un sobrante de hogar que festonea de abandono y polvo el fracaso de nuestra vida. [173]

Tanto esfuerzo, tanta vida, tanta esperanza y tanta letra menuda han venido a parar en esto. La casa fría, las habitaciones solas, un hogar encallado, una soledad como un naufragio. Se han retirado las aguas de la catástrofe y estoy aquí, entre cuadros, libros, sillas, lámparas, como en la almoneda de mi vida (...) Y entre todo el desorden miro las fotos del hijo, el apretado resumen de vida y de gozo que es, que era todo él. En la quietud de las fotos se ve mejor la movilidad de su vida, la prisa que es la infancia. Creía amar a un solo niño y he amado a muchos, a uno distinto cada día. El niño es sucesivo. El niño es una llama que se sopla a sí misma. El niño desaparece siempre en el hombre. Al hijo lo perderemos siempre, en la vida o en la muerte. [174]

De la dicha sólo tenemos el recuerdo: nunca hemos tenido la experiencia. La felicidad es algo que ocurrió una vez. Parece instintivamente que la felicidad está por venir, que la palabra felicidad remite al futuro. Pero remite realmente a un pasado remoto. El futuro es un pasado que actúa como futuro. Confío en que seré feliz porque alguna vez lo fui. Sólo la memoria goza. [176]

La gloria no va más allá del término municipal. No suena a nada entre los montes, frente al mar. La perdemos de viaje. Hay que llegar a otro término para reencontrarla. Me siento importante en la ciudad, entre las cuatro cosas de siempre. Uno es importante a condición de no moverse del sitio. Por eso los escritores salen poco al campo. [177]

La solemnidad. La lucha literaria no es, en el fondo, sino la conquista de la solemnidad. Se lucha por llegar a ser solemne. El hombre solemne ha querido hacer su aparición en algún momento, dominar la situación. Pero se ha retirado a tiempo. Hay en mí, también, un golfo callejero que le ha silbado. Comprendo que nunca llegaré a solemne. Por el contrario, quisiera conquistar el olvido. Ser el día de mañana un muerto sin señas de identidad. [178]

La muchacha que viene a verme para hacer una tesis me obliga a plantearme mi propia obra, que a mí me parece casual, esporádica, caprichosa e irreflexiva y que su fe convierte en algo sistematizado, coherente, evolutivo y responsable. La chica de la tesis es como un jardinero que quiere remozarnos un jardín olvidado. Cómo decirle que por ese jardín ya no paseamos nunca, que da igual. [180]

Una señorita de ésas me reprocha el no hablar nunca de Dios. Dice Sartre que Dios es la soledad de los hombres. Yo debo ser más solitario que los demás, porque ni así. ¿Un vacío en mi obra, señorita? Mi obra está hecha de vacíos. ¿Un vacío en mi vida? Vivimos en el vacío. Hay quien se ha pasado la vida escribiendo de Dios, como Kierkegaard o Pascal, porque le va como tema. No es una cuestión de fe, es una cuestión de pluma. Si usted tiene una pluma mística, escribirá de Dios toda su vida, aunque no crea ni profese. Es el caso de Dostoiewski, de Unamuno y de otros pelmas. Si no tiene usted pluma mística, escribirá de las mozas, aunque sea arcipreste, y ahí está el de Hita. La pluma no tiene mucho que ver con el hombre. Eso lo sabe cualquiera que haya escrito cinco folios. [181]

A veces necesitaría a Dios para culparle de lo que me pasa, pero eso sería otra forma de fe. El dolor humano parece una negación de Dios, pero en realidad es su más firme sustento. Sin el dolor, Dios no sería tan necesario. Yo, de

momento, no he necesitado a Dios para desesperarme. Eso sería un mezquino empleo de Dios. Pero la humanidad no conoce otro. [183]

Ni Dios ni la sobrenaturalidad. A la gente, a lo largo de toda una vida, acaba por ocurrirle algo sobrenatural. A mí nunca. ¿Quién no ha tenido un golpe de corazón, quién no ha visto sombras en una noche de lluvia, quién no ha respirado el olor de la muerte en la bodega de su casa? Yo nada. Estoy siempre propicio al trance, presto a la levitación, dispuesto al milagro... Nunca un muerto vivo ni un aparecido. Soy insoportablemente terrestre. Se ve que no soy buen conductor de la electricidad cósmica. Estoy rodeado de la cinta aislante de mi pequeño escepticismo. Soy una calamidad. ¿Por qué no puedo llegar yo adonde han llegado simples pastorcillos y aldeanas ignorantes? [183]

Estoy negado para la trascendencia y la sobrenaturalidad. Por eso mismo me tientan los grandes irracionalistas de la poesía y del arte. El irracionalismo también yo puedo conseguirlo, pero el milagro, lo que se dice el milagro, esas cosas que han visto Poe o Dostoiewski, yo eso no lo he visto nunca. La vida me ha parecido siempre una novela mediocre. Por eso ya casi no soporto las novelas realistas, la novela tradicional. Ni la leo ni la escribo. Sobre la ratificación aburrida de sí misma que es la vida, está la ratificación ociosa que nos dan Galdós o Balzac. Así y todo, a veces me refugio en un orbe novelesco y cerrado, como es el de Proust, y no sólo por el encanto único de Proust, por su perfume, indispensable para mí, sino también por unas historias que están pasando siempre y que nunca van a dejar de pasar, precisamente porque no pasan nunca. [184]

ABRIL es una huella encharcada en la hierba. De dónde vienen las muchachas. No es posible que sólo para la reproducción disponga así sus armas la especie. Cuerpos forjados para algo más, raíz pura del cabello, cosecha par de los senos, álamo de la cintura, sosiego leve de las caderas, velocidad de las largas piernas. Abril, caligrafía torrencial que deja dicho en el aire el secreto simple del universo. Abril le opone su único color verde a la muerte, abril ignora mi dolor, y no escucha, porque no tiene oídos, mi queja. Abril, pozo verde lleno de doncellas ahogadas que tejen el lino de las profundidades y suspiran a la luna en las noches de coito. Abril, pájaro claro que se enamora de lirios en los charcos del cielo. Sauce vivo, ciprés alegre con un esqueleto dentro. [187]

EL viento, preguntándole cosas a la casa, que no sabe responderlas, zarandeándola. Ni el rayo, ni el trueno, ni el fuego. Sólo me ha asustado el viento. [189]

He llevado al niño al mar para que se contagie de su salud de hierro y sol. El mar es la tierra firme de los niños. El mar es la única estatua de la libertad posible. [191]

Hay que beber a morro el dolor. No quiero cucharaditas de plata para sufrir. A morro, directamente, bebo a borbotones sangre de niño, muerte de niño, la hemorragia necia y dulce del mundo. [194]

EN noches de ahogo, al pie de mi hijo enfermo, velando su navegación agónica hacia la muerte. [Vienen aquí dos romancillos castellanos] que doy precisamente por su falta de valor literario, en este diario. [195]

El suicidio es la única respuesta válida. Todo lo demás, el arte, la cultura, el pensamiento [...] no son sino falsas respuestas, suicidios diferidos. He conocido la única verdad posible: la vida y la muerte de mi hijo, y sin embargo, estoy optando por el engaño, por el autoengaño, de modo que seré inauténtico para siempre. No creáis nada de lo que diga, nada de lo que escriba. Soy un farsante. Todo lo que escriba, ya, quisiera que tuviese la sencillez directa del diario íntimo, de este diario, de lo que hace uno con su caligrafía más honrada. Leedme sencillamente, de frente, anulando entre escritura y lectura todo protocolo falsario. [197]

Sé, como sabía el poeta, que la vida no es noble, ni buena, ni sagrada, y no hallo nada que respetar ni venerar en el cielo ni en la tierra, ni un solo ser, ni un solo hombre merecen mi devoción. [198]

MIRA el pasado lento, su obstinación de ola... [poema en alejandrinos] [200]

REDUCIDO a mi condición fecal, insegura mi vida sobre un supuesto de heces, encaminado en la dirección diarreica de la muerte, sentado yo en el pódium excremental con gloria de retretes, en contacto con el temblor intestinal del mundo, me he puesto frente al mar y el mar era un insecto verde y maligno. [Alusión la catedral sumergida, de Debussy] Volver al mecanismo sencillo e ingenioso de una familia, eso que la muerte desmonta dejando los elementos por el suelo. Y entonces es cuando le he escrito una carta a mi mujer, no para que ella la lea, sino para meterla aquí, en este diario, como un testamento donde nada se testa [...] Hemos venido fraguando un hijo para la muerte. No nos hemos matado, y justamente por eso estamos muertos, asistimos a nuestra ausencia, pasamos una y otra vez por el hueco incoloro de la nada. Nadie tan solo como yo. Ninguna tan nadie como tú. ¿Y ahora? [201]

TU muerte, hijo, no ha ensombrecido el mundo. [203]

POSTERIOR a mí mismo, enfermo, salgo todas las mañanas de un sueño que no sé si es desvanecimiento. Mi despertar es casi un resucitar, pero un resucitar sin júbilo (...) A la gente le asusta mucho esto de la bomba atómica. ¿Por qué? Yo creo que, después de tantos siglos de sangre, matanzas, crueldad y obstinación, lo más digno que puede hacer la humanidad es suicidarse colectivamente y terminar de una vez. [204]

Dejo los periódicos, asqueado de mis queridos hermanos los hombres, y vuelvo a los viejos libros, a los que fueron mis modelos, y los leo de vuelta, no de ida. Ahora ya soy como ellos e incluso a veces tengo que ponerles de mi parte lo que noto que les falta, para que no se me caigan en la lectura. [205]

Yo he llegado ya donde tenía que llegar, a ningún sitio. Sé que no tengo talento para más. [206]

En cuanto al mundo, está claro que yo no lo voy a arreglar, ni los demás tampoco. Lo más digno sería morir en una guerrilla sabiendo que tampoco sirve para nada. Todos sabemos cómo tendría que ser el mundo para resultar menos indigno y menos injusto. Ya no hay de por medio ideologías confusas ni teologías complicantes, como en el pasado. Estamos todos cara a cara con la verdad. El hombre explota al hombre y eso es todo. Si esto no se arregla es porque al hombre no le da la gana. [206]

Qué pereza incorporarme a ese mundo cínico y duro. Qué pereza volver.
[207]

HE estado mucho tiempo sin escribir en este diario, y ahora me pregunto por qué lo empecé. Una obra en marcha articula un destino, pone argumento a los días, eje a las horas. Estructura una conciencia, ayuda a vivir. Lo de menos, al final, quizá sea la obra. Creo mucho en el trabajo, como Marx. Qué le vamos a hacer. Porque un hombre trabajando está más digno que tomando vermouths o bailando tangos. Creo en la estética del trabajo, siempre superior a la estética del juego, y no digamos a la estética del ocio. Hay que ser muy importante para sobrellevar el ocio con dignidad. El ocio es delito y crimen cuando el trabajo de los demás no es placentero. Se piensa que el buen escritor hace una buena novela. Yo creo que la buena novela hace al buen escritor. Uno es más listo cuando trabaja. La obra en marcha tira de nosotros, nos aguza, nos afila, nos mejora, nos enerva. [208]

¿Por qué se escribe un diario íntimo? No por vanidad, ya, a estas alturas, ni por egocentrismo, ni por vedetismo, sino por buscar la sencillez última, por huir de este artificio que en último extremo suponen todos los géneros literarios. Las memorias aún están embellecidas por la niebla del recuerdo. El diario íntimo es lo inmediato, el presente exasperado, la confesión so sólo sincera, sino urgente. Lo que pasa es que no somos capaces ya de sencillez, de elementalidad. Estamos maleados por la cultura y resulta que el diario íntimo se llena de lirismos, de lucimientos, de improvisaciones muy preparadas. Así las cosas, tengo que resignarme a hacer literatura en mi diario íntimo, y a que vaya resultando un poco el poema en prosa de unos graves meses de mi vida, o la novela de un mal novelista.
[210]

¿Y la vida? Un acecho sexual, continuo, torvo. Hombres y mujeres que se observan de reojo y retrasan el momento de la captura. Hay una crueldad, un vampirismo implícito, algo cínico en la lucha de los sexos. Hombres y mujeres se buscan y desencuentran en el juego cruel, monótono y eterno del crimen sexual. Lo único cierto es la cloaca sexual que cada noche inunda el mundo. Una realidad zoológica y apestosa. [214]

La cultura no es sino el esfuerzo desesperado del hombre por dignificarse a sí mismo. La religión quiere darnos un alma y la cultura quiere darnos un traje. [214]

ARTÍCULOS. Una forma de autodestrucción. Primero, fueron un procedimiento para irme autoestructurando. Ahora son una autodestrucción. El artículo fue mi hacha de guerra, el arma para entrar a saco y vencer. Y ahora lo vuelvo contra mí. Ya que no he tenido el valor para destruir mi vida, voy a destruir mi obra, a fragmentar en artículos dispersos lo que pudiera haber sido un todo completo y edificado. Con cada artículo que escribo pierdo la posibilidad de hacer un poema, un ensayo, un relato. Me arranco artículos como el que arranca la piel a tiras. He descubierto que el artículo es una brillante forma de fracasar. [217]

SÓLO encontré una verdad en la vida, hijo, y eras tú. Vivo de llorar en la noche, con lágrimas que queman la oscuridad. Lo que queda después de ti es una vaguedad nauseabunda de veranos e inviernos, una promiscuidad de sol y sexo, a través de todo lo cual vago solamente porque desconozco el gesto que hay que hacer para morir. [219]

AQUÍ, tu madre y yo, hijo, qué solos, qué sin juntura (...) Soy el único cadáver que ha escrito un libro. El mundo ha perdido, con su atentado contra ti, su última oportunidad de tener sentido y derecho a las estrellas de cada noche. Viene un tiempo de degradaciones, todo es póstumo. [220]

LOS retretes, esos sitios donde me refugio y retorno a mi textura cúprica. Los retretes, el revés de una casa. Retretes, servicios, excusados, wáteres, inodoros, lavabos, baños. Todas las palabras sosas y feas que se han empleado para decir lo indecible. [222]

No existe la muerte. Sólo existe el muerto. "Esto es cosa del muerto", me digo, cuando pienso en una mujer conocida como en un enser o en un apero. El muerto se va posesionando de mi vida. Creíamos que se había ido, como un amigo enlutado, pero vuelve. Ya sé que no se irá definitivamente. Al muerto, a mi muerto, no le gusta el cine, ni que yo escriba. Cree que me voy a escapar por la escritura, como si la máquina fuese una bicicleta. Y la verdad es que yo escribo como si pedalease, huyendo siempre de algo (...) Uno se va acostumbrando a vivir con su cadáver. Piensas que peor sería tener una joroba. Mas cuando ya todo el mundo sabe que eres tú y tu muerto, resulta que un día descubres que ya eres sólo muerto, todo muerto. El muerto va mandando en mi vida y no sabe, el muy estúpido, que acabando conmigo acaba con los dos. [223]

ELLA ha madrugado, movida por un secreto, por una alegría pequeña -qué triste picardía la suya-, y ha traído de la calle dos rosas rojas. A la tarde, fuimos hacia el hueco doloroso, y el otoño estaba rojo, como si tú existieras, y cruzamos tanto espesor de muertos para sumirnos en el túnel azul e inexistente en que no nos esperas, y llevábamos las dos rosas, como un reclamo para tu sangre, una llamada de la vida -ay- a la muerte. [226]

El frío, hijo, el frío, que toda la vida ha ido haciendo crecer su yedra por mi cuerpo invernal. Noto cómo el frío me va sustituyendo el alma, cómo voy teniendo una conciencia de frío y sólo frío, y un corazón de témpano me va pesando como no debiera. El frío soy yo. [227]

Eras la única verdad que encontré en la vida. Eras, eres, la única verdad que encuentro en mí. Este libro, hijo, que nació no sé cómo, que creció en torno a ti, se ha convertido en el lugar secreto de nuestras citas. [228]

HIJO, un día vi un pato en el agua (...) Lo más desolador es que ni en la muerte nos encontraremos. Cada cual se queda en su muerte. La muerte es distancia, sólo distancia. [231]

[Cierra el libro un texto publicado con el título *La mecedora* en la Revista de Occidente, junio 71. Fue recogido en *Teoría de Lola y otros cuentos*. Además, se incluye como apéndice el artículo *Estoy oyendo crecer a mi hijo*, publicado en Jano, diciembre 71.]

MENCIONES

A lo largo del texto es incesante el eco de toda la cultura anterior y coetánea, con menciones o alusiones a Aleixandre, Bach, Baroja, Bataille, Baudelaire, Bécquer, Beethoven, Breton, Camus, Cervantes, Cioran, Che, Debussy,

Descartes, Dostoiewski, Einstein, Éluard, Flaubert, Freud, Galdós, Guadí, Gómez de la Serna, Guillén, Goethe, Góngora, Hegel, Heideger, Hernán Cortés, Hita, JR Jiménez, Kant, Keats, Kierkegaard, Klee, Koestler, Larra, Lorca, Machado, Magritte, Malaparte, Manrique, Marx, Mondrián, Morris, Nietzsche, JL Panero, Pascal, Pérez de Ayala, Picasso, Pitigrilli, Platón, Poe, Priestley, Proust, Quevedo, Rilke, Rimbaud, Rousseau, Sartre, Shakespeare, Schiller, Stendhal, Unamuno, Vallejo, Velázquez, Verne, Zurbarán...

SOBRE LA EDICIÓN DE CÁTEDRA

Imprescindible introducción de García-Posada. El texto está bien cuidado, en líneas generales, con algún desliz de tipografía: "El muerto es un caballo estable", por "un caballero estable", pág. 224; "El vencedor...", por "el vendedor", pág. 233.

OTROS ARTÍCULOS MÍOS SOBRE EL MISMO AUTOR

- [Umbral: Vida, obra, estilo, desavenencias](#)
- [España como invento](#) (1984)
- [Guía irracional de España](#) (1986)
- [El socialfelipismo](#) (1991)
- [Historias de amor y Viagra](#) (1998)
- [¿Y cómo eran las ligas de madame Bovary?](#) (2003)